



Texto orientativo

## Por el Camino de la Conversión y la Renovación Fundamentos Teológicos del Camino Sinodal de la Iglesia Católica en Alemania

Decisión del Camino Sinodal adoptada por la Asamblea Sinodal el 3 de febrero de 2022

---

(1) La historia de liberación que ha sacado al Pueblo de Dios de la esclavitud de Egipto, empieza con el ver y oír: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces» (Éxodo 3,7). Dios ve la miseria de las personas y oye, para remediarla: esta es la Buena Nueva. Seguirla empieza, también hoy, por ver a los dolidos y marginados, por oír a los silenciados y condenados a callar, a los miembros enmudecidos y, aun así, que se rebelan, del Pueblo de Dios. En relación con los pobres, el Papa Francisco escribe: «Tienen mucho que enseñarnos. (...) Estamos llamados (...) a interpretarlos y a recoger la sabiduría misteriosa que Dios quiere comunicarnos a través de ellos»<sup>1</sup>. Entre ellos se cuentan, sin duda, las víctimas y supervivientes de violencia sexualizada y espiritual en el seno de la Iglesia.

(2) Ver la miseria, oír la Palabra de Dios y escucharnos los unos a los otros, es la misión principal de toda sinodalidad. Es necesario buscar juntos la voluntad de Dios para la Iglesia y el mundo, para así emprender los pasos necesarios. El diálogo es indispensable para la búsqueda de la verdad de la Iglesia. «En el diálogo», dice el Papa Pablo VI en su primera encíclica *Ecclesiam suam*, «se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacerlos converger a un mismo fin. (...) La dialéctica de este ejercicio de pensamiento y de paciencia nos hará descubrir elementos de verdad aun en las opiniones ajenas» (38). En el diálogo las partes buscan conjuntamente la verdad, con respeto mutuo y abiertos a las opiniones de los demás. Un diálogo vive de las distintas percepciones, estimaciones y puntos de vista expuestos. Y los diluye cuando, bajo la influencia de buenos argumentos y nuevos conocimientos, devienen insostenibles. Los diálogos conducen, en el caso ideal, a nuevas visiones compartidas, aunque solo sea reforzando con nueva plausibilidad lo acreditado. Pero los diálogos enseñan también a convivir con lo extraño e incomprensible, y a soportar un disenso insoluble (cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes/GS 43*). No por último: los auténticos diálogos no se quedan solo en palabras, conducen a decisiones y actuaciones, que tienen en cuenta las nuevas visiones.

---

<sup>1</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013), 198.

## I. Encontrar Orientación en el Camino Sinodal

(3) El Camino Sinodal de la Iglesia Católica de Alemania, emprendido el primero de Adviento de 2019, es un diálogo en actitud de fe, que conduce a oír y ver, juzgar y actuar. Arranca en medio de una gran crisis de la Iglesia. Incorpora los impulsos del estudio científico MHG sobre los abusos sexuales de menores por parte de sacerdotes católicos, diáconos y religiosos católicos alemanes. Vive de las percepciones, estimaciones y puntos de vista de todos los miembros de la Asamblea Sinodal, así como de todas las personas que participan en este diálogo. Tiene que oír especialmente la voz de aquellos que han sido objeto de abuso de poder y violencia sexualizada. Tiene que estar predispuesto a abrirse a nuevas visiones y permitir que estas lo determinen. Vive también de buscar siempre el diálogo con nuevas personas y grupos, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Los obispos son parte importante del diálogo. Realizan el servicio de la unidad, tanto dentro de su polifacética Iglesia local, como en la relación con la Iglesia Universal y con el Obispo de Roma. Tienen que prestar atención a lo que cree el Pueblo de Dios. Tanto más importante es que todos tengan voz y voto en el Camino Sinodal, y no solo aquellos que ostentan en la Iglesia un alto cargo.

(4) El Camino Sinodal necesita una orientación fiable. En la fuerza de Dios, la Iglesia se sabe desafiada a no desterrar de su conciencia el abuso sistemático de poder espiritual, sino a combatirlo, a no derrochar los recursos de la fe, sino aprovecharlos de forma sostenible. La Iglesia está perdida sin el auxilio de Dios. Tiene que afrontar su historia y abrirse al futuro. Necesita nuevos impulsos, para redescubrir la Buena Nueva. Necesita nuevas fuerzas y alianzas que le ayuden a extraer consecuencias prácticas.

(5) Escuchar juntos la Palabra de Dios capacita para dar respuesta a cuestiones acuciantes de los tiempos, a cuestiones acuciantes de la fe y a cuestiones acuciantes de la Iglesia. En nuestra Iglesia ha tenido lugar violencia sexualizada y abuso sexual y espiritual, y estos tienen un origen sistémico. Con su estructura, sus obras y sus posiciones, la Iglesia ha ocasionado un gran sufrimiento.

(6) En la búsqueda de orientación se requiere claridad teológica. El cometido de la teología es explorar las fuentes de la fe de las que provienen los estímulos para la conversión y renovación de la Iglesia. «Mas para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles dejaron como sucesores suyos a los obispos, ‘entregándoles su propio cargo del magisterio’» (Concilio Vaticano II, Dei verbum/DV 7). Lo esencial es la voz de todo el Pueblo de Dios; en particular, existe una «opción por los pobres» que se deriva del propio Evangelio.<sup>2</sup>

(7) La misión del texto orientativo consiste en esclarecer la base teológica para la labor en el seno de los foros, y que sirve a todo el Camino Sinodal para la evangelización. En los foros se trabaja sobre «Poder y separación de poderes en la Iglesia - Participación conjunta y colaboración en la misión», sobre «La existencia sacerdotal de hoy», sobre «Las mujeres en los servicios y ministerios de la Iglesia» y sobre «Vivir en relaciones exitosas - Vivir el amor en la sexualidad y la relación de pareja». El texto orientativo aclara los fundamentos en el área del entendimiento de la Revelación, la misión eclesial y la calidad de la argumentación teológica, sobre los que después se puede seguir trabajando.

---

<sup>2</sup> Papa Francisco, Congreso Internacional con Ocasión del 40 Aniversario de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (3 de octubre de 2019).

(8) En el Camino Sinodal se precisa de acompañamiento espiritual tanto como de discusión teológica. No existe un Camino Sinodal sin misa ni oración. Ni tampoco sin deliberación ni resolución. Debe existir un intercambio equitativo de los argumentos en pro y en contra. A esto corresponde, no solo la obvia salvaguarda de los derechos humanos, sino aún con mayor profundidad, aquella «libertad que nos ha dado Cristo», de la que habla con tanta pasión el Apóstol san Pablo (cf. Gálatas 5,1), de que no existan prohibiciones de pensar ni hablar, ni temor a sanciones o discriminaciones. Mas esta libertad nos exhorta, al mismo tiempo, también a la responsabilidad común de la fe transmitida. Las decisiones tienen que estar bien fundadas. Y tienen que ir seguidas de actos.

## **II. Redescubrir y Relacionar los Tiempos y Lugares Teológicos**

(9) La teología se alimenta de fuentes del conocimiento de la Revelación, que son decisivas para la vida de toda la Iglesia. Estas fuentes son lugares teológicos (*loci theologici*). A estos pertenecen también los tiempos teológicos, que siempre permiten descubrir el «hoy» de la voz de Dios en los distintos contextos (cf. Salmo 95,7; Hebreos 3,7). En estos lugares y en estos tiempos se puede reconocer lo que Dios quiere decir de modo humano a los hombres y lo que los hombres oyen en la fe como Palabra de Dios. Es importante identificar de forma exacta estos lugares y tiempos, determinar su importancia de un modo diferenciado y aclarar con precisión sus relaciones entre sí. Se encuentran en medio del mundo, en la celebración de la fe, en la predicación del Evangelio y en el servicio al prójimo.

(10) Entre los lugares teológicos más importantes figuran las Sagradas Escrituras y la tradición, los signos de los tiempos y el sentido de la fe del Pueblo de Dios, el Magisterio y la teología. Ningún lugar puede reemplazar los otros lugares; todos necesitan la diferenciación y relación recíprocas. Se deben descubrir y relacionar de nuevo todos estos lugares en aquellos tiempos, de modo que la promesa de fidelidad de Dios sea capaz de renovar, de generación en generación, la fe de la Iglesia. Cada uno de estos lugares esconde en cada uno de los tiempos un exceso de promesa, que otros lugares y otros tiempos no pueden reducir, pero si reforzar.

(11) El texto orientativo empieza por «Escrituras y Tradición», para describir los testimonios fundamentales y orientadores de la fe. Habla de los signos de los tiempos, que permiten reconocer el *kairós*, la oportunidad del presente (cf. Lc 12,56), y del «sentido de la fe» del Pueblo de Dios, que bajo la promesa del Espíritu «no puede equivocarse cuando cree» (Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*/LG 12). El texto orientativo correlaciona «Magisterio» y «Teología» para señalar su distinta responsabilidad y su misión común, y servir a la verdad de la fe que se encuentra en la Palabra salvadora de Dios.

(12) Descubrir y relacionar, aquí y ahora, los tiempos y lugares teológicos es una manifestación de la fe, que une y libera a toda la Iglesia en la escucha de la Palabra de Dios. Esta es la experiencia de Dios bíblica, que arraiga en la esperanza de Israel: «Tu palabra es una lámpara para mis pasos, y una luz en mi camino» (Sal 119,105).

## Explorar las Escrituras y la Tradición

(13) Los testimonios de las Sagradas Escrituras, como «regla suprema» (DV 21) y de la tradición viva, son fundamentales para la Iglesia y les sirven de guía. Por esta razón el Camino Sinodal se rige por ellos.

(14) Las Escrituras y la Tradición son algo más que meras normas que hay que acatar; exploran la fe en el amor de Dios a todas sus criaturas. La Biblia transmite, cómo hombres y mujeres descubrieron el amor de Dios, la justicia y misericordia divinas, en la historia de Israel, en la misión de Jesús, y por la senda de la joven Iglesia. En la Tradición se pone de manifiesto que la historia de Dios con los hombres se reanuda en cada generación, porque el Pueblo de Dios puede confiar en Dios «constantemente» (Sal 62,9): Él dice «sí» a todas sus promesas (cf. 2 Corintios 1,20).

(15) Para la Iglesia Católica es esencial no entender Escrituras y Tradición como opuestos, sino conciliarlas y explorarlas en toda su polifonía como testimonio humano de la Palabra de Dios. Por una parte, las Escrituras mismas son tradición, puesto que se han formado en la transmisión viva de la Iglesia, que tiene su origen en el judaísmo. Por otra parte, la Tradición transmite la Palabra de Dios, moldeándose «conforme a la Escritura» (1 Co 15,3-4). De la Tradición se colige el sentido de las Escrituras, de las Escrituras el sentido de la Tradición. Es por ello que se deben leer e interpretar las Sagradas Escrituras a la luz de la Tradición, y la Tradición a la luz de las Sagradas Escrituras. «Por consiguiente, esta sagrada tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios» (DV 7).

*Las Sagradas Escrituras dan testimonio fundamental del Dios vivo, que crea, mantiene y salva a los hombres.*

(16) La Biblia da testimonio del «principio» que hace Dios, predicando siempre de nuevo su Palabra (cf. Heb 2,3). Es por ello que le corresponde una importancia especial, con y frente a la Tradición, como testigo fundamental de la Palabra de Dios. El Padre de la Iglesia griego, san Gregorio de Nisa, describe las Sagradas Escrituras como «criterio seguro de la verdad para toda doctrina» (Contra Eunomium 1,315). Leídas en el Espíritu de Dios, las Sagradas Escrituras son la «regla suprema», que brinda orientación a la vida y la misión de toda la Iglesia, también hoy, también mañana (DV 21).

(17) Las Sagradas Escrituras son fuente de renovación en la fe, de crítica a las lacras, de esperanza de redención, de invitación al amor y de búsqueda de justicia. La Biblia está inspirada por Dios y escrita para dar voz a los pobres, consolar a los afligidos, liberar a los encadenados y dejar espacio a la Gracia de Dios siempre «hoy» (cf. Isaías 61,1-2; Lc 4,18-19). La Biblia representa la fe en Dios, el amor al prójimo y la esperanza de renovación, que proporciona un anticipo de la salvación.

(18) La Biblia es, sin embargo, también un libro de difícil acceso para muchas personas. Está escrito en un lenguaje de un tiempo pasado. Refleja una concepción del mundo que se ha desintegrado. Contiene un gran número de libros, cuyo significado y contexto arrojan preguntas y son objeto de crítica. Es una y otra vez usada de forma abusiva para ejercer el dominio sobre

otros hombres. Tanto más importantes son unas buenas explicaciones. Quien cree, no se queda nunca atrapado en la letra de la Biblia, sino que quiere respirar su «espíritu», que «da vida» (2 Co 3,6).

(19) En las Sagradas Escrituras se revela de forma fundamental, cómo nace y se revela la fe. El abanico de la Biblia cristiana abarca desde la Creación hasta la consumación del mundo. Empezaba con Dios que habla (Gén 1) y termina con una bendición dirigida a todos (Ap 22,21). El arco iris se convierte en signo de una alianza, que Dios establece con toda la humanidad (cf. Gén 9,13). La Biblia recuerda la misión perpetua de Israel con el éxodo de Egipto (Éx 12-15) y la Revelación de Dios en el Monte Sinaí (Éx 19-40). Da una voz a la sabiduría y profecía. Según el Evangelio de san Lucas, María manifiesta que Dios está de lado de los pobres: «Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes» (Lc 1,52). Según el Evangelio de san Juan, es palabra eterna de Dios encarnada en Jesucristo (cf. Jn 1,14). El Nuevo Testamento da testimonio del recuerdo de Jesús, que revela en su nacimiento, vida, muerte y resurrección, la cercanía infinita de Dios a los hombres (cf. Marcos 1,15), su juicio sobre el pecado (Mateo 25), su búsqueda de «lo que estaba perdido» (cf. Lc 19,10) y su transmisión de una vida «en abundancia» (Jn 10,10). El Nuevo Testamento muestra el despertar de la joven Iglesia, que quiere reunir hombres y mujeres entre todos los pueblos para la fe: «ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). La Biblia une a todos aquellos que creen en Jesucristo, con sus hermanos en la fe judíos. Ofrece el fundamento seguro para el conocimiento del Dios vivo (cf. Oseas 6,6) y promueve la amistad con Jesús (cf. Jn 15,12-17). Transmite la promesa de Jesucristo, de mantenerse en el corazón de su Iglesia, fiel en el camino «hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

(20) La fe de la Iglesia va unida a la convicción de que los libros bíblicos enseñan la «verdad», «que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11). El Concilio Vaticano II invoca el Nuevo Testamento en esta declaración: «Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil para enseñar y para argüir, para corregir y para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer siempre el bien» (2 Timoteo 3,16-17).

(21) La Biblia señala de diversos modos la unidad de la fe, sin la que no existe diversidad, y la diversidad de la fe, sin la que no existe unidad (Romanos 12,1-8). El canon reúne plenitud de voces, que, en diversas lenguas, con distintos tonos y con amplia visión de futuro, expresa la búsqueda de Dios, la alegría en Dios, el preguntar por Dios, pero también el dudar de Dios, el reñir con Dios, y, siempre de nuevo, el asombrarse de Dios. De la diversidad de los textos surge un fuerte coro, que canta, en todos los tonos de la escala, la melodía del Evangelio: con todas las armonías y disonancias que «para siempre y eternamente» (1 Paralipómenos 16,36) forman parte de la vida de los seres humanos, en el que la «esperanza» es el estado de ánimo básico, que Dios mismo dona «haciéndonos resucitar» (cf. 2 Macabeos 7,14).

(22) En la Biblia, hombres inspirados por el Espíritu de Dios dan testimonio en palabras humanas de la Palabra de Dios. Lo oyeron y escribieron en su tiempo y lugar, para que en todo tiempo y en todo lugar, hombres y mujeres oigan en la lectura, en la meditación, en el estudio de las Sagradas Escrituras, la Palabra consoladora y liberadora de Dios. San Agustín lo expresó del siguiente modo: «Dios habla a través de los hombres como lo hacen los hombres, porque haciéndolo así, nos busca» (San Agustín, De civitate Dei XVII 6,2). Radica en esta tensión entre la

palabra divina y la humana, que nunca se agote el sentido de las Sagradas Escrituras, sino que tenga que descubrirse siempre de nuevo y en más profundidad.

(23) La Biblia no prescribe concepciones del mundo, roles de los géneros, conceptos de valores de los tiempos en los que tenían vigencia. Antes bien, modifica también convenciones imperantes, para crear un espacio para Dios y abrir espacios de libertad. Pero también en estos procesos de transformación está sujeta a las circunstancias de la época. Por esta razón la Biblia no ha perdido nada de actualidad e importancia. Sin embargo, su mensaje se debe defender siempre de nuevo contra los intentos, invocando la Biblia, de denigrar, discriminar y dominar a hombres y mujeres, que, en base a su conciencia, viven y creen de un modo que se aparta de las normas de la Iglesia.

(24) Toda reforma de la Iglesia, que sea merecedora de ese nombre, toma las Sagradas Escrituras como regla. La Biblia no fija modelos que basta copiar, sino que ofrece estímulos y criterios para cuando se deben recorrer nuevos caminos y superar nuevos desafíos. Las Sagradas Escrituras son una brújula para recorrer con la ayuda de Dios nuevos caminos. Anima a la creatividad y la crítica, a descubrir lo antiguo y a explorar lo nuevo. El Papa Juan XXIII declaró: «No es el Evangelio el que cambia, sino que somos nosotros que empezamos a entenderlo mejor» (Apostolito, 24 de mayo de 1963).

(25) La Biblia tiene que ser interpretada a fin de poder proclamar el poder salvífico del Evangelio. Este poder salvífico es la fe (cf. Rom 1,16-17). Que la interpretación es posible y se hace necesaria está establecido en la propia Biblia: se tiene que aplicar la Torá, vivir la sabiduría, prestar atención a la profecía. «El que lea esto, entiéndalo bien» (Mc 13,14). La historia de la Biblia es también una historia de interpretación de las Escrituras, que debe transmitir el significado literal con un sentido espiritual, y el histórico con uno actual. El objetivo de la interpretación de las Escrituras es siempre oír «hoy» la voz de Dios y permitir que entre en el corazón (cf. Sal 95,7; Heb 3,7).

(26) La exégesis bíblica requiere criterios. Lo esencial es prestar atención al significado original de los textos, la unidad de toda la Escritura y a la conexión con la Tradición de la Iglesia (cf. DV 12). Precisamente cuando se trata de la cuestión de la orientación que ofrecen en la actualidad las Sagradas Escrituras, la interpretación tiene que estar abierta a nuevos conocimientos procedentes de las ciencias naturales, humanas y sociales. Además, hay que considerar que en cada época surgen nuevos interrogantes, para los que la Biblia no da una respuesta directa. Es cometido de la exégesis bíblica eclesial el hacer audible, en las muchas palabras de la Biblia, la Palabra de Dios. Las Sagradas Escrituras se abren al testimonio de la fe en la inmensidad del Espíritu vivificante (cf. 2 Co 3,6).

(27) La interpretación de la Biblia compete a todo aquel que lee la Biblia para descubrir en la historia de Dios, la historia de su propia vida. Es cosa de toda la Iglesia, que encuentra en la Biblia los testimonios iniciales y fundamentales de la fe, que se debe predicar de nuevo a cada generación. Es un gran deber de la predicación, de la catequesis y de la enseñanza de religión, que no solo informan sobre la Biblia, sino que la exploran para el mundo de hoy, como Palabra de Dios en palabras de los hombres. La interpretación es cosa de la teología, cuya «alma» es el estudio de la Sagrada Escritura (DV 24); puesto que la teología puede explicar la Biblia desde el momento de su génesis, y puede discernir, cómo, una y otra vez, ha sido leída y comprendida

de un modo nuevo a lo largo de los siglos. La interpretación de la Biblia es, no por último, cosa del Magisterio, que, sin embargo, tiene que respetar y aprovechar la libertad de la investigación teológica y del sentido de la fe. Pero su cometido, es, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, aclarar «auténticamente (authentice)» la Palabra transmitida de Dios, en lo cual «no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve» (DV 10). El Magisterio es la instancia eclesiástica que se debe escuchar y acatar en cuestiones de fe y de moral. Su cometido es dar testimonio de la interpretación auténtica de las Sagradas Escrituras (cf. DV 10) y comprometerse a que la «mesa de la palabra» (DV 21) esté abundantemente puesta para los fieles y que la Palabra de Dios se manifieste en la interpretación de las Sagradas Escrituras, que está «cerca» de todos los que creen (Dt 30, 14; Rom 10,8).

*La Tradición da testimonio de la creatividad del Espíritu de Dios, que guía a la Iglesia en todos los tiempos y lugares por el camino de la conversión y la renovación.*

(28) El Espíritu Divino guía a la Iglesia por su camino a través de los tiempos. Así es como nace la Tradición de la Iglesia. No es una magnitud rígida sino viva. Transmite la Palabra de Dios, de la que dan testimonio fundamental las Sagradas Escrituras, de modo tal, que en cada época y en cada lugar se puede llegar a captar la Palabra de Dios en los testimonios de fe humanos: en la celebración, en la doctrina, en el servicio de la fe. De este modo, la Tradición verifica la unidad de la Iglesia, de la fe, del bautizo, en la diversidad de dones y vocaciones (cf. 1 Co 12,12-27; Ef 4, 4-5). La Tradición se funda en la predicación apostólica del Evangelio. Requiere de transmisión permanente. De acuerdo con san Irineo, los obispos, en cuanto sucesores de los Apóstoles, tienen el deber de dar testimonio fidedigno de la verdad del Evangelio (cf. Adversus haereses 3,3). Todo aquel que está al servicio de la predicación, está llamado a discernir y dar testimonio de la verdad liberadora del Evangelio, de modo que todos los miembros de la Iglesia puedan crecer en la fe (cf. Ef 4, 11-21).

(29) El error del Tradicionalismo es reconocer la mayoría de las veces como auténtica la penúltima fase respectiva de la historia de la Iglesia, pero recortar la riqueza de la Tradición o encorsetarla en un sistema. Mas en cuanto magnitud viva, la Tradición evoluciona con el paso de los tiempos, en la diversidad de las culturas y de la comunión de los fieles, que celebra el misterio de Dios, confiesa la grandeza de Dios e intenta buscar la Voluntad de Dios. La autora francesa Madeleine Delbrêl escribe: «Estamos dispuestos a cualquier nueva irrupción, porque nuestro tiempo nos ha hecho así, y porque Cristo tiene que seguir el ritmo actual para seguir con nosotros».<sup>3</sup>

(30) Las reformas son una parte integrante de la Tradición: la misa se transforma; la Doctrina evoluciona; Caritas se desarrolla. La Tradición es, en su dinámica, el proceso de revisar la forma actual de la Iglesia y de la fe, para recibirlas y configurarlas siempre de nuevo como Don de Dios. La Tradición de la Iglesia está abierta al contexto de nuevos descubrimientos, nuevos conocimientos, nuevas experiencias, que desafían a la fe transmitida y reclaman nuevas respuestas, que dan un testimonio más profundo de la verdad revelada, sirven al crecimiento de la Iglesia, a la predicación del Evangelio y a la compañía de todos los hombres y mujeres, que gozan de la gracia de Dios. La filosofía y sabiduría de los pueblos, la ciencia y las artes, la vida

---

<sup>3</sup> Madeleine Delbrêl, *Frei für Gott [Libre para Dios]* (Ed. alemana, Einsiedeln 1976), p. 71.

de los seres humanos y la labor social de la Iglesia, fueron y siguen siendo factores de inspiración para el desarrollo y siempre nuevo despliegue de la Tradición. Las voces proféticas no solo se encuentran dentro de la Iglesia, sino también fuera de la Iglesia. Las circunstancias de vida y actitudes vitales de las personas cambian con el paso del tiempo: estos cambios son influidos por la Tradición e influyen a su vez en ella.

(31) Para reconocer en los abundantes fenómenos, en las contradicciones de los tiempos y en las controversias sobre el camino recto a seguir, la Tradición que transmite fielmente la Palabra de Dios y es capaz de descubrirla siempre de nuevo, se necesitan criterios. Los criterios no se pueden reducir a determinadas manifestaciones externas, ritos o estructuras. Antes bien, es la propia Palabra de Dios la que distingue a la Tradición. Ningún ser humano se puede arrogar poseer esta Palabra de Dios. Todos los creyentes están llamados a oír y dar testimonio de ella (cf. Rom 10,17). Lo decisivo es impulsar el amor a Dios (cf. Dt 6,4- 5), que se demuestra en el amor al prójimo (cf. Mc 12,28-34). Dondequiera que se revela en la vida de los seres humanos «su [de Dios] amor a los hombres» (Ti 3,4), está viva la Tradición.

(32) Con el Concilio Vaticano II es preciso diferenciar entre la Tradición y las tradiciones, que, aunque para personas de una época y cultura determinadas, puedan resultar muy útiles e importantes en la fe, no están universalmente extendidas ni se transmiten de generación en generación, sino que a todas luces pueden reconocerse también como encorsetamiento, como exageración o fijación de una determinada coyuntura. No existe Tradición sin, sino únicamente en las muchas tradiciones; pero para poder reconocer la Tradición en ellas y de ellas, se precisa una crítica de las Tradiciones. Esta forma parte de la constante reorientación de la Iglesia en el testimonio de las Sagradas Escrituras a la vista de los signos de los tiempos.

(33) El sujeto de la Tradición es el propio Cristo, que reúne al Pueblo de Dios en su Espíritu. En el Pueblo de Dios existen distintos miembros, carismas y dones. Lo decisivo es la comunión formada en la fe, de generación en generación, de lugar en lugar. Por esta causa, la Tradición está inseparablemente unida al sentido de la fe del Pueblo de Dios (*sensus fidei fidelium*): En el sentido de la fe del Pueblo de Dios se manifiestan las Escrituras y Tradición: son reconocidas y rememoradas. El sentido de la fe, por su parte, actualiza la Tradición de la Iglesia en cada presente, evaluando el testimonio de las Sagradas Escrituras e interpretando los signos de los tiempos. Rige la promesa de que el Espíritu de Dios mantiene y guía a su pueblo en toda la verdad del Evangelio (cf. Jn 16,13).

(34) La diferenciación de la Tradición en la diversidad de tradiciones humanas es una tarea que, entre otros presagios, ya se plantea en la Biblia (cf. Mc 7,8). Las Sagradas Escrituras proporcionan los criterios de evaluación, porque, leídas en Dios, permiten discernir la Palabra de Dios en su significado original, que debe ser redefinida en cada nueva época. Los signos de los tiempos indican la dirección en la que se debe desarrollar ulteriormente la Tradición. En su sentido de la fe, el Pueblo de Dios discierne por el poder del Espíritu, por dónde transcurren las sendas de la fe: lo que hay que conservar y lo que hay que rechazar del pasado, lo que hay que desarrollar y lo nuevo que hay que integrar. La Teología reflexiona sobre aquello que se considera, consideró y puede considerar tradición. El Magisterio tiene la misión de explorar, siempre de nuevo, la Tradición como fuente de una fe viva, de preservarla de interpretaciones erróneas y de promover la unidad de la Iglesia en fases críticas, escuchando y diferenciando.



(35) En la interpretación de las Escrituras y de la Tradición, se tiene que expresar la fuerza liberadora del Evangelio. Dado que las Escrituras y la Tradición conducen, por poder del Espíritu de Dios, desde la palabra escrita al corazón de la vida, y desde el pasado al futuro. Escrituras y Tradición son en el Camino Sinodal puntos de referencia decisivos para el camino de la conversión y la renovación que recorre la Iglesia. Abren los ojos a muchas personas que buscan sentido y felicidad, consuelo y fortaleza, solidaridad y esperanza, en las sendas de sus vidas.

### **Indagar los Signos de los Tiempos y el Sentido de la Fe**

*La Iglesia tiene la misión de interpretar en su presente respectivo, los signos de los tiempos como lugares de la presencia redentora de Dios.*

(36) La Iglesia tiene la misión de dar testimonio de la Verdad de Dios. Esto solo puede hacerlo si, además de las Escrituras y la Tradición, escruta a fondo e interpreta los signos de los tiempos en pos de las señales de la presencia redentora de Dios. Puesto que los signos de los tiempos abren una puerta importante para descubrir a Dios en la historia y el presente de los hombres. De este modo, la Iglesia podrá dar una respuesta adecuada a los interrogantes acuciantes sobre el sentido de la vida humana y su redención del mal, tanto para el presente como para el futuro.

(37) El Concilio Vaticano II nos hace descubrir que es nuestra misión «escrutar [...] los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio» (GS 4). Aquí se trata de «discernir [...] los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz [...]. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas» (GS 11). En este sentido específico, entendemos los signos como lugar teológico. Se pueden reconocer diferenciando en medio de las transformaciones epocales, en todos los ámbitos de la vida de las personas y en todos los puntos de la tierra. El Concilio Vaticano II menciona ejemplos de la ambivalencia de fenómenos típicos de la época: «Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de la libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica» (GS 4). Entre los signos de los tiempos - «signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11) - llenos de esperanza, cuenta el Papa Juan XXIII, p. ej., «el avance [...] por las clases trabajadoras en lo económico y en lo social»; el desarrollo de los pueblos convirtiéndose en una «convivencia humana» que en breve no conocerá la dominación ajena; y no por último, la creciente participación de la «mujer en la vida pública» (Pacem in terris 40-45; cf. 45-46.67.75). Después del Papa Juan XXIII, las personas descubren en estos y parecidos signos de los tiempos, «la esencia de la verdad, de la justicia, de la caridad, de la libertad [...]. Y no es esto todo, porque, movidos profundamente por estas mismas causas, se sienten impulsados a conocer mejor al verdadero Dios, que es superior al hombre y personal. Por todo lo cual juzgan que las relaciones que los unen con Dios son el fundamento de su vida, de esa vida que viven en la intimidad de su espíritu o unidos en sociedad con los demás hombres» (Pacem in terris 45).

(38) Los signos de los tiempos representan momentos en los que se revela algo significativo y obliga a decidir. Representan una ventana temporal, un momentum, un kairós. De este modo, todos los signos de los tiempos actuales se asientan sobre un fundamento bíblico (cf. Lc 12,56):

Con la aparición de Jesús de Nazaret se cumple el tiempo, y «el Reino de Dios está cerca» (Mc 1,15). La vida y destino de Jesús son el signo reencarnado de la cercanía redentora de Dios en el pasado, presente y futuro de la humanidad. Es por ello, que tales signos de los tiempos no pueden quedar sin consecuencias. Ya Jesús el Cristo llama, a la vista del tiempo cumplido, a la conversión e imitación. Los signos de los tiempos actuales tienen, por lo tanto, que llamarnos a la reflexión; interrumpir nuestra forma actual de pensar y actuar; considerar un nuevo comienzo, también de la vida eclesial.

(39) Ante la abundancia de fenómenos históricos y sociales, todos los signos de los tiempos deben ser diferenciados, y se debe indagar su importancia para la fe y la Iglesia. De este modo es posible descubrir en ellos la Presencia de Dios, y extraer orientación para la vida personal, social o incluso eclesial. Para «el avance [...] de las clases trabajadoras en lo económico y lo social» o la participación de la «mujer en la vida pública», la esperanza que comporta puede ser obvia. Pero, por el contrario, la crisis de crecimiento o la simultaneidad de libertad ganada y nueva esclavitud, pone asimismo de manifiesto, sin duda alguna, el doble sentido de muchos signos de los tiempos. Pueden señalar al mismo tiempo lo salvífico y lo ominoso. Por ello es preciso diferenciar los signos de los tiempos. ¿Qué es lo salvífico en lo que se puede intuir la presencia de Dios? ¿Y qué es lo ominoso, que, a la luz del Evangelio, a la luz, por tanto, de la cercanía redentora de Dios y de la llamada de Jesucristo a la conversión, hay que superar?

(40) Esta diferenciación no es nueva. También estos textos bíblicos exhortan a la «discreción de espíritu» (cf. 1 Co 12,10) y previenen contra los «falsos profetas» (1 Jn 4,1-6), que llevan por el mal camino. Los signos de los tiempos se tienen que interpretar en el Espíritu, la vida y el destino de Jesucristo. El Resucitado mismo envía a sus discípulas y discípulos la asistencia de su Espíritu (cf. Jn 16,7 s.). Ayuda a discernir lo pecaminoso de lo justo, lo ominoso de lo salvífico, y a reconocer «los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11).

(41) Para reconocer los signos de los tiempos en el poder del Espíritu de Dios e interpretarlos a la luz del Evangelio, se precisa la interacción de todos los demás lugares y fuentes de la fe. Las Sagradas Escrituras abren el horizonte a criterios nacidos del discernimiento de lo que es verdadera y falsa profecía. La Tradición demuestra que el discernimiento de espíritus ha sido siempre misión de todos los fieles y del ministerio eclesial - bajo condiciones cambiantes y con éxito variable. Se necesitan la interacción y los conocimientos expertos de todos: de aquellos con especial proximidad al mundo cotidiano de los hombres, así como de los que tienen confiado el Magisterio, para prestar atención a la consistencia y capacidad de conectar con la confesión de la fe. Y la Teología asegura la conexión con los conocimientos obtenidos en el discurso de las ciencias, en el diálogo ecuménico e interreligioso, y con atención a las distintas circunstancias culturales, que tienen que integrarse en la interpretación de todos los signos de los tiempos.

(42) Son imprescindibles los conocimientos de otras ciencias. Puesto que son estas las que exploran la realidad de muchos ámbitos de la vida, que no están (completamente) recogidos, por ejemplo, en las Sagradas Escrituras o la Tradición. Las ciencias descifran su autonomía («autonomía de la realidad terrena»: GS 36). Cuando «la investigación metódica (...) está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales», el conocimiento científico extraído «nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios» (GS 36). Por ello, el diálogo con las ciencias es

imprescindible para la interpretación de los signos de los tiempos como también lo es para la fe en general.

(43) El clamor de las víctimas de violencia sexualizada es un verdadero signo de los tiempos. El clamor dirige la atención hacia un terrible mal, a saber, décadas de relaciones de violencia, en las que sacerdotes, religiosos y otros colaboradores ejercieron abusivamente su poder espiritual y administrativo sobre niños y adolescentes, así como también adultos, sobre todo mujeres. El clamor de las víctimas empuja a la Iglesia a la crisis sanadora de una purificación. La empuja como un todo a la conversión (cf. LG 9). Oír este clamor y pasar a la acción mediante la renovación de la Iglesia y de sus estructuras, puede convertirse en signo de los tiempos. Se convierte en instancia de testimonio de la fe cristiana. El signo de los tiempos, que marca de forma impactante el clamor de las víctimas de violencia sexualizada, no queda sin consecuencias. Atrae la atención sobre otras cuestiones de la vida eclesial que, en parte, hace ya tiempo que han irrumpido: la cuestión del poder y la exigencia de separación de poderes; el futuro de las formas de vida sacerdotales; la exigencia de un acceso igualitario de todos los sexos a los servicios y ministerios de la Iglesia; la integración de los conocimientos de la investigación actuales en la moral sexual eclesial. También estos se podrían revelar como signos de los tiempos. También estos deberían ser interpretados en pos de señales de la Presencia de Dios y sus designios. También para estos rige: «No extingan la acción del Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno.» (1 Tes 5,19-21).

*En el sentido de su fe, se cercioran los miembros del Pueblo de Dios cristiano de la verdad del Evangelio.*

(44) La exhortación del Apóstol san Pablo a no apagar el Espíritu de Dios se dirigía, en principio, a la comunidad de Tesalónica. En cuanto elemento de la Escritura canónica, es transmitida para la Iglesia en la actualidad. Por ello es aplicable como exhortación a todo el Pueblo de Dios. El Pueblo de Dios en todos sus miembros está reunido en comunión para descubrir la presencia perenne de Dios en sus múltiples señales y escrutar su designio: en las Escrituras de la Biblia, en las tradiciones de la Iglesia y, no por último, en los signos de los tiempos. Y es el propio designio de Dios que todo el Pueblo de Dios lo descubra y explore. Solo todos los miembros de la Iglesia juntos condensan el sentido necesario para ello. Solo así se despliega el sentido de la fe (*sensus fidei fidelium*); solo así deviene oído abierto, ojo vidente o sentido del tacto sensible de Dios. María, madre del Señor, da un lenguaje a este sentido de la fe, que revive en la oración de la Iglesia: “Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador” (Lc 1,46-47).

(45) El sentido de la fe arraiga en el sacerdocio común de todos los bautizados y confirmados. El sacerdocio común faculta, en principio, a la participación activa en el triple ministerio de Cristo, el ministerio del gobierno, el ministerio de la santificación y el ministerio de la enseñanza (cf. LG 12,36). Para la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, este sacerdocio común tiene vastísimas consecuencias para la Doctrina de la Iglesia. Puesto que, por el poder del sacerdocio común, el Pueblo de Dios en su conjunto «no puede equivocarse ... y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo

el pueblo cuando ‘desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos’ [Agustín] presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres» (LG 12).

(46) El sentido de la fe incluye la combinación de vida y fe. No consiste únicamente en lo que transmite la Doctrina de la Iglesia. También es mucho más que las instituciones de fieles capaces de percibir el contenido de verdad de las Escrituras, la Tradición o la Doctrina eclesial. El sentido de la fe tiene que examinar por sí mismo todo en el Espíritu de Dios, para descubrir lo bueno y lo justo. El Espíritu de Dios dirige interiormente a los fieles a lo absolutamente decisivo: a una conducta de vida personal imbuida de espiritualidad, así como al descubrimiento y exploración de Dios, en permanente conversión, y al camino de la imitación de Jesucristo. De este modo, siempre acontece de nuevo en el sentido de la fe una autorrevelación de Dios. En este acontecimiento espiritual, los fieles hacen propio, por convicción interna, el contenido de verdad de las Escrituras, la Tradición o los signos de los tiempos. Los modelos a seguir son los santos, que no rara vez en sus tiempos, tuvieron sus dificultades con la Iglesia, pero en medio de todas las adversidades, dieron de forma auténtica testimonio de la fe del Pueblo de Dios y la alentaron, con independencia del sexo, origen o un cargo en la Iglesia.

(47) El ministerio sacramental del sacerdocio ministerial representa a Cristo como cabeza de la Iglesia y garantiza la unidad de la Iglesia, en todos los lugares y por todos los tiempos. En esto sirve al sacerdocio común de todos los bautizados y confirmados. Este servicio es irrenunciable. Unidad de la Iglesia no significa uniformidad. La unidad de la Iglesia consiste en la claridad de su misión y sus formas de expresión polifónicas. «La unidad visible y social» de la Iglesia (cf. LG 9) se consuma como unidad en la fe común compartida, en los Sacramentos y en la comunión de la Iglesia bajo el sucesor del Apóstol san Pedro.

(48) Hay que luchar continuamente por esta unidad. Esta está bajo escrutinio, cuando en cuestiones centrales de la fe existe un disenso permanente en el seno del Pueblo de Dios. Esto queda especialmente de manifiesto, cuando una doctrina eclesial no es asumida por una parte importante del Pueblo de Dios, no obstante, las muchas aclaraciones y explicaciones. También aquí puede aparecer el sentido de la fe. Por supuesto, un disenso permanente no desmiente en absoluto de forma automática la verdad de una idea teológica o una doctrina presentada. Pero sí que indica que debe ser revisada y, dado el caso, perfeccionada. Aquí lo que cuenta son los mejores argumentos e ideas más profundas, en absoluto el número de voces altas o la eficacia de las normas dictadas pensando en el propio poder. Las Escrituras y la Tradición jamás hablan de decisiones mayoritarias adoptadas de forma precipitada, pero de los esfuerzos de búsqueda conjunta de la verdad, por el contrario, sí. Las decisiones en cuestiones de fe deberían, por principio, ser adoptadas según el principio de la unanimidad. Apuntan a un consenso, que no es un compromiso externo, sino una convergencia interna. La inclusión coherente del sentido de la fe de todos los fieles en los otros lugares y fuentes de la fe, impide que se equipare simplemente a una opinión dominante en un lugar actual. El sentido de la fe se acerca a las fuentes de las Escrituras y la Tradición; interpreta los signos de los tiempos, y está dispuesto a oír al Magisterio. El Magisterio, a su vez, presupone el sentido de la fe del Pueblo de Dios y lo inspira. La Teología lo fomenta mediante el análisis y la reflexión crítica.

(49) El sentido de la fe se manifiesta - guiado por el Espíritu Santo -, en particular, en la «verdad de la conciencia»<sup>4</sup>. La conciencia confronta a cada persona de forma personalísima con la llamada inmediata de Dios. Le llama a dirigir, sin falta, su conducta de vida por la Ley del amor a Dios y al prójimo. El amor a Dios y al prójimo instruye la visión consciente de todo fiel en la búsqueda común de todos los fieles, de hecho, de todos los hombres de buena voluntad (cf. GS 16). Ningún juicio de conciencia personal podría subsistir a la larga, si se cerrara a los pros y contras de las consideraciones realizadas conjuntamente con otros. En caso de duda, debería poderse cuestionar de forma crítica. Es a todas luces posible, que una decisión de conciencia marcadamente idiosincrática podría superar ahí su prueba de fuego. No en vano significa la palabra conciencia la sabiduría común, conscientia, syneidesis (cf. 1 Co 10,28). Pero en última instancia, apela siempre a la propia visión, al propio juicio, a la propia decisión. La decisión última personalísima, adoptada en conciencia, sobre la propia conducta de vida es vinculante, incluso cuando resultara que se ha cometido un error. Pasar por alto la conciencia, dirigirla desde fuera, desconectarla o incluso descuidarla, significaría negar el centro personal del ser humano y su dignidad creada por Dios. Por su parte, la conciencia halla orientación en la luz de la fe.

(50) En la verdad de la conciencia se materializa la naturaleza racional de los hombres y su participación «en la luz de la inteligencia divina» (GS 15). Al mismo tiempo, la capacidad cognitiva y de juicio dirigidas por la razón une, en muchas cuestiones de la fe y de la vida, a los fieles con todos los demás seres humanos: «La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad.» (GS 16). La conciencia de los fieles, no por último, se beneficia de los conocimientos de las distintas ciencias. Pero ello evidencia también que el sentido de la fe no funda una pretensión de posesión exclusiva de fieles concretos. El sentido de la fe empuja a un consenso, a un sentido comúnmente compartido, incluso cuando tal consenso no siempre se alcance y la comunión de los fieles tenga que vivir en disenso durante un cierto tiempo. La Iglesia no es solo comunidad de recuerdo, sino también comunidad de diálogo. Involucra, por principio, a todos los bautizados y confirmados. Especialmente los obispos deben velar por el logro de un diálogo centrado en lo esencial y no que acabe en una algarabía sin sentido. Como gobernantes de las Iglesias locales, son abogados de la unidad y constructores de puentes dentro de la comunidad de diálogo universal. De este modo sirven a la verdad de la conciencia - a la formación de la conciencia en la comunidad, así como a la formación de la conciencia de cada individuo. Sin embargo, estos abogados y constructores de puentes especiales no pueden jamás ocupar su lugar.<sup>5</sup>

### **Tomar en Serio el Magisterio y la Teología**

(51) El Magisterio y la Teología son magnitudes dinámicas, al igual que las otras instancias del testimonio de la fe. Son representados por hombres llamados de distintos modos, a dar testimonio y enseñar la Palabra de Dios. El Magisterio y la Teología van unidos desde el principio.

---

<sup>4</sup> Papa Juan Pablo II, Encíclica *Dominum et vivificantem* sobre el Espíritu Santo en la Vida de la Iglesia y del Mundo (18 de mayo de 1986), 31.

<sup>5</sup> Cf. Papa Francisco, Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris laetitia* sobre el Amor en la Familia (19 de marzo de 2016), 37.

Puesto que el discurso de Dios es también la base de la predicación magistral. Aquí la Teología no es únicamente representada por la disciplina científica que lleva su nombre, sino por todos los bautizados que dan testimonio de su fe en distintos contextos, hablan de sus experiencias con Dios y rezan a él. El Magisterio y la Teología están vinculados, como la totalidad de los fieles, a la revelación de la Palabra de Dios, a las Sagradas Escrituras, la Tradición y el sentido de la fe de todo el Pueblo de Dios en el contexto de los signos de los tiempos. El sentido de la fe de todos los bautizados se funda, al igual que todos los otros lugares de la fe, en el Espíritu Santo. En *Lumen 14entium 12* se destaca que la totalidad de los fieles participa en el ministerio profético y en el Espíritu de Jesucristo y hay que atribuirle, bajo la dirección del Magisterio, una autoridad doctrinal infalible.

(52) La Tradición habla con la mirada puesta en los fieles como individuos, de un *sentire cum ecclesia*, de un sentir y percibir con la Iglesia, para expresar que no existe solo una relación exterior con el Pueblo de Dios, sino también una interior. Este vínculo se puede percibir como una experiencia lograda y fuente de felicidad, o como una relación contaminada y dolorosa. El sufrimiento bajo o en el seno de la Iglesia es para muchos, especialmente para los que han sido víctimas de abusos, el sentir dominante. Entonces resulta difícil experimentar la alegría del Evangelio y sentir la dimensión salvífica de la sacramentalidad de la Iglesia. El sentir con la Iglesia y el *sensus fidei* tienen que ser tomados en serio por el Magisterio y la Teología, puesto que sin estas dos dimensiones, el discurso sobre un consenso en el seno de la Iglesia se queda en lo abstracto. La Doctora de la Iglesia, santa Catalina de Siena, mostró con sus cartas a los papas, que el *sentire cum ecclesia* incluye también una crítica constructiva a la administración pontificia.

*La misión más importante del Magisterio Pontificio y Episcopal es la predicación auténtica de la Palabra de Dios.*

(53) El servicio de gobierno en el Pueblo de Dios se funda en este servicio de predicación. El ministerio ordenado está dirigido al sacerdocio común de todos los bautizados y debe servirlo. En el Concilio Vaticano II, los obispos son entendidos como vicarios y legados de Jesucristo (LG 27), la predicación de la Palabra de Dios destaca entre sus principales oficios (LG 25). Son designados, en comunidad colegial entre sí y en la comunidad con el Pueblo de Dios, para el ministerio de la salvación, enseñanza y gobierno.

(54) Universalidad y regionalidad caracterizan la diversidad viva y unidad de la catolicidad. La forma de la fe cambia diacrónicamente a lo largo de los tiempos y se diferencia sincrónicamente en el presente, debido a las distintas expresiones en las Iglesias locales. Un obispo, en cuanto representante de la fe de los Apóstoles, tiene que dar voz a esta fe, al mismo tiempo que a los hombres y mujeres en las respectivas iglesias locales, en la comunidad universal de los obispos. El Magisterio universal de la Iglesia es ejercido no solo por el Papa, sino, bajo su dirección, también en el marco de colegios y concilios, por el conjunto de los obispos. Se debe reforzar el momento sinodal con la participación de todos los fieles, también en el desarrollo de la Doctrina eclesial. Las decisiones infalibles del Magisterio extraordinario, están sujetas a condiciones especiales y constituyen, por buenas razones, una excepción absoluta en la Iglesia católica. El Magisterio ordinario del Papa y de los distintos obispos puede confiar en la intervención del

Espíritu Santo. Sin embargo, no está exento de posibles errores, salvo que todos estén de acuerdo.

(55) Dentro de estas formas de ejercicio del Magisterio, aparece desde tiempos inmemoriales la tradición sinodal a nivel de la Iglesia universal y regional, que el Papa Francisco, como ha declarado, quiere reforzar. Puesto que un antiguo principio de la Iglesia reza: «Más lo que afecta a uno y a cada uno, debe ser aprobado por todos» (CIC c. 119, párr. 3). De este modo procede considerar cómo se puede asegurar una participación de todos los fieles en el ejercicio de su sacerdocio común en futuros concilios y a nivel sinodal universal. La unidad en la comprensión católica no es un concepto estático. Acontece en concreto entre nosotros y el Dios trino, en la diversidad de los seres humanos, de las Iglesias locales y las culturas. La unidad es, en cuanto don del Espíritu Santo, consustancial a la Iglesia, y a la vez, misión de todos los fieles. Esto lo notamos también en los controvertidos debates internos en la Iglesia, en los que se muestra de qué forma tan viva y diversa se presenta la unidad de la Iglesia. «Nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Con mayor dificultad todavía logramos expresarla. Por ello no podemos pretender que nuestro modo de entenderla nos autorice a ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás. Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, ‘ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra.’»<sup>6</sup>

(56) El Magisterio está llamado a abrir el gran tesoro de la Palabra de Dios. En combinación con la salvaguarda de la unidad, corresponde también al Magisterio la tarea de posibilitar y apreciar, aquella diversidad lícita de la fe, que desde tiempos inmemoriales forma parte de la vida en la Iglesia y la obra del Espíritu Santo. En las controversias teológicas, más allá de las decisiones conciliares, el Magisterio más bien se ha mantenido al margen y dejado la aclaración de cuestiones centrales al debate teológico, que quedó muy marcado en la Edad Media por las grandes tradiciones monásticas. A raíz del Concilio Vaticano I, el Magisterio Pontificio, fue reclamando, por causas apologeticas, cada vez más para sí la misión y competencia de la Teología. Se entendía así mismo, como una instancia de defensa frente a una modernidad, que percibía como amenaza de la fe. Ello obstaculizó en la disputa en torno al antimodernismo, la recepción de conocimientos procedentes de las ciencias espirituales y naturales, previniéndose así los intentos de la Teología de abrir, en diálogo con el pensamiento contemporáneo, nuevos senderos de la fe y acercar la fe en Dios a las personas de su época, de una forma comprensible para ellas.

(57) Con el Concilio Vaticano II se inició una nueva era en la Iglesia. Las deliberaciones en este Concilio condujeron a un diálogo constructivo en el seno de la Iglesia y con el mundo, y a una nueva actitud frente a otras confesiones y religiones, al igual que frente a la filosofía y el ateísmo. El Magisterio Pontificio buscó con más intensidad el diálogo con la Teología y las restantes ciencias, cuyos conocimientos ahora eran recibidos de forma positiva. Esto llevó a un resurgimiento de la Teología, cuya autonomía y magisterio específico fueron reconocidos. El Concilio Vaticano II escogió un lenguaje marcadamente distinto que el Concilio anterior: ya no discrimina, en su caso, excluye, o pronuncia reprobaciones; contempla el mundo en el amor de Dios y concede a personas fuera de la Iglesia la posibilidad de salvación. Estos cambios radicales del Concilio se tienen que robustecer y seguir impulsando. De este modo, el Magisterio tiene

---

<sup>6</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate* sobre el Llamado a la Santidad en el Mundo Actual (19 de marzo de 2018), 43.

que tener también hoy en cuenta, en lo que a su lenguaje se refiere, el efecto que producen sus palabras en las personas.

(58) Los papas y la curia reaccionaban a menudo con reserva o rechazo a los desarrollos sinodales de espíritu reformador de las Iglesias locales, o ni se molestaban a responder preguntas acuciantes y deseos apremiantes, como, por ejemplo, los del Sínodo de Wurzburg. Esto generó nuevas decepciones y tensiones. El Camino Sinodal percibe que el Magisterio romano también interviene en nuestros tiempos en procesos de clarificación y en discusiones en curso, y se mantiene en posturas doctrinales, que a muchos fieles, entre los que también se cuentan diáconos, sacerdotes y obispos más allá de Alemania, ya no les parecen comprensibles. El distanciamiento de la Doctrina de la Iglesia de la vida cada vez más compleja de las personas, constatado por el Papa Francisco y el Sínodo de la Familia, deviene también para las Iglesias locales en Alemania una demanda a la práctica de la predicación del Evangelio. Aquí es particularmente importante observar el sentido de las Escrituras, la Tradición viva, de los signos de los tiempos, la investigación teológica y en especial, el *sensus fidei*.

(59) La Teología tiene que reflexionar, también de forma crítica, sobre preceptos de la Doctrina eclesiástica. Cuando el Magisterio alega en determinadas cuestiones, que la Iglesia no tiene el poder de modificar una doctrina, entonces debería examinarse qué es lo que se está debatiendo: ¿se trata en estos casos realmente de una posición doctrinal de máxima vinculatoriedad? ¿O de una doctrina que se debe situar a la cabeza de la jerarquía de verdades? ¿Hay que partir del *ius divinum*, derecho divino? ¿Convencen las fundamentaciones alegadas? Toda definición magistral únicamente adquiere autoridad como forma auténtica de anuncio de la verdad revelada. No basta solo con insistir en la autoridad. El Camino Sinodal busca nuevas perspectivas, debido a la culpa por los abusos y a partir de una necesidad pastoral. Además, es preciso señalar, que también el Magisterio ordinario auténtico puede eventualmente errar, cuando es dudoso que exprese el consenso de todos en la fe. Esta cuestión tiene especial importancia, porque vemos como en todo el mundo, fruto de la preocupación por el futuro de la fe y la credibilidad de la Iglesia, se están cuestionando una cantidad nada insignificante de posiciones doctrinales de la Iglesia. Es cometido de la Teología abordar estas cuestiones y apoyar también con su crítica constructiva al Magisterio. Se evidencia, cada vez de nuevo, la importancia del diálogo para llegar a un consenso en nuestros tiempos. «Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos» (GS 92).

*La Teología está incluida en la cooperación y el diálogo entre todos los lugares de la fe.*

(60) Hay que observar la historicidad y temporalidad también de las declaraciones doctrinales eclesiásticas. Es por ello que, en el Camino Sinodal, se intentan presentar de un modo diferenciado argumentos teológicos que también ayuden al Magisterio a revisar declaraciones anteriores a la luz de conocimientos y reflexiones científicos, cuya autonomía se debe valorar, y a practicar los cambios necesarios en las posiciones doctrinales. Esto es simultáneamente una contribución al discernimiento de espíritus. La Teología refleja la única fe en Dios de un modo



plural y tiene el cometido de permitir que se haga justicia por igual a la fe y la racionalidad, a la práctica de la fe y su reflexión. La Teología, en cuanto ciencia, en su expresión exegética, histórica, sistemática y práctica, forma parte, al igual que las Sagradas Escrituras y la Tradición, y junto con el sentido de la fe de todos los fieles y el Magisterio, de las instancias de testimonio y lugares de identificación de la fe en la Iglesia. Aquí depende del diálogo con otras ciencias, junto con las cuales busca la verdad y su significado para la humanidad. Existen distintas aproximaciones hermenéuticas en la Teología que se abren, en un mundo cada vez más complejo, a las muchas corrientes de pensamiento y formas de prácticas religiosas, para poder entablar con ellas un diálogo fructífero. La única Teología se consume en esta rica pluralidad.

(61) «La Sagrada Teología se apoya, como en cimientos perpetuos en la palabra escrita de Dios, al mismo tiempo que en la Sagrada Tradición, y con ella se robustece firmemente y se rejuvenece de continuo, investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo.» (DV 24). Al igual que la Iglesia como un todo, tiene que reinterpretar una y otra vez el texto de las Sagradas Escrituras, porque este texto no es claro, la Teología tiene que expresar desde su alma, el estudio de las Sagradas Escrituras (DV 24), la única verdad cimentada en el Misterio de Dios, asimismo en su diversidad y perpetua ambigüedad.

(62) En los dogmas de la Iglesia se expresan las verdades reveladas por Dios; presentados de un modo histórico y vinculante, quieren iluminar y fortalecer nuestra fe. Sin embargo, son textos ambiguos, y a lo largo de la historia se debe escrutar cada vez de nuevo su sentido. Los textos conciliares son a menudo textos de compromiso, porque apuntan a una unanimidad consensuada. Esto enseña el Concilio Vaticano II, cuya asimilación aún está de diversos modos, también conflictivos, en curso. La Teología es consciente de la tensión entre la unidad y la diversidad de estos textos, de su vinculatoriedad, pero también de su historicidad y contextualidad. El Papa Francisco nos recuerda en este contexto que Dios siempre nos tiene sorpresas preparadas: No existen soluciones fáciles cuando preguntamos de forma diferenciada por el sentido de la Palabra de Dios para las personas de nuestro tiempo. «Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino y es posible que sea un falso profeta, que usa la religión en beneficio propio, al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales. Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios».<sup>7</sup>

(63) La Teología, al igual que las otras ciencias, tiene que aceptar que con cada respuesta y en todo tiempo surgirán nuevas preguntas, que no finaliza la búsqueda de la verdad, aun cuando ya se hubiera hallado una vez, hasta que se complete el Tiempo de Dios. «Ahora vemos por espejo, en obscuridad; mas entonces veremos cara a cara.» (1 Co 13,12). El Misterio de Dios es un reto permanente para la Teología y la Iglesia en su conjunto. Puesto que conduce a una actitud autocrítica bien entendida de humildad, en la que las interpretaciones y convicciones propias son siempre de nuevo relativizadas, o sea, retrotraídas de nuevo al misterio del amor infinito de Dios. Aun cuando esté infinitamente cerca de todos los hombres, supera al mismo tiempo toda capacidad cognitiva humana. De este modo, también corresponde a la Teología el

---

<sup>7</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* sobre el Llamado a la Santidad en el Mundo Actual (19 de marzo de 2018), 41.

cometido de enfrentarse a tentaciones fundamentalistas, cuando se trata de imponer de forma absoluta y sustraer a todo debate, con unos modos nada dialogantes, posiciones de individuos o grupos. En la comunidad científica de la Teología hay una autocorrección del discurso científico crítico. En el diálogo con el Magisterio, ambas partes dialogantes necesitan también una contraparte crítica.

### III. Deliberar y Decidir en la Fuerza del Espíritu

(64) Los criterios teológicos citados en el texto orientativo, sirven de guía para la labor de los foros del Camino Sinodal y para la elaboración del texto de sus acuerdos. Los criterios abren espacios para nuevos caminos; muestran que pueden, y en tiempos de crisis, tienen que haber cambios en la Iglesia. ¿Cómo sino se podría hablar de una conversión seria?

(65) La noción de la transubstanciación no es solo de capital importancia en la celebración del bautismo y en la Eucaristía. Es la idea rectora de la vida cristiana: la llamada de Dios a la conversión, a cambiar y dejarse transformar continuamente por su amor, es válida para todos. ¿Cómo sucede esto? ¿Existe realmente la conversión y la transformación o quedará todo finalmente como antes, en los patrones, estructuras y posturas acostumbrados? ¿Obra algún cambio el Camino Sinodal? Si, a la vista de la culpa y los pecados, no existe una conversión y nuevo regreso al Señor, la Iglesia se anquilosará; sus miembros impregnados de culpa traicionan al Dios Vivo y a los hombres y mujeres que buscan hoy a Dios.

(66) La Iglesia es el Pueblo de Dios sacerdotal y de estirpe real, que en nombre de Jesús predica las grandes obras de Dios (cf. Éx 19,3; 1 Pe 2,9). Es «en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). Por su origen santo, del que puede extraer continuamente poder, la Iglesia puede ser llamada santa, no obstante, todas sus insuficiencias. Vive de la promesa de que no puede ser destruida por las fuerzas del mal (cf. Mt 16,18-19).

(67) La confesión de la santidad de la Iglesia, que únicamente puede fundarse en Dios, va unido a la admisión de su pecaminosidad. Sin embargo, el conocimiento de la pecaminosidad de la Iglesia no puede utilizarse en el marco de la crisis actual como argumento para seguir como si no hubiera sucedido nada, porque el pecado y la culpa han formado siempre parte de la Iglesia. Por el contrario, si la Iglesia toma en serio su propia teología penitencial, son imprescindibles una autocrítica radical, arrepentimiento sincero, confesión pública de la culpa y auténtica conversión en la conducta, el obrar y, donde fuera necesario, también en el cambio de estructuras. Solo así se podrá iniciar un camino hacia la reconciliación que la Iglesia espera y que solo el Dios misericordioso le puede abrir.

(68) El Papa Francisco dibuja en los tiempos actuales una nueva imagen de la Iglesia, que entiende como un «hospital de campaña»<sup>8</sup>. La Iglesia debe ayudar a curar las heridas de los hombres y mujeres, y no abrir nuevas heridas. Debe hablar un idioma que entiendan hombres y mujeres, que no hiera ni discrimine, sino que permita discernir el amor de Dios para con los hombres. La Iglesia está llamada, confiando en la misericordia de Dios, a confesar sus pecados,

---

<sup>8</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris laetitia* sobre el Amor en la Familia (19 de marzo de 2016), 291.

combatir con decisión las causas estructurales de los abusos en el seno de la Iglesia y recorrer con valor nuevos caminos de la misión común. Seguir esta llamada es el deber de todos los miembros de la Iglesia. Esto significa que todos los bautizados ejerzan su responsabilidad y hagan uso de su derecho a asesorarse mutuamente y adoptar juntos buenas decisiones.

(69) El modelo de una Iglesia sinodal en renovación, que el Papa Francisco reclama con decisión, es también el modelo a seguir de la Asamblea Sinodal, que se involucra en el camino sinodal mundial. Este proceso universal incluye, de forma intencionada, la intervención del sacerdocio común de todos los bautizados. La cuestión sobre la participación adecuada de todo el Pueblo de Dios en las deliberaciones y decisiones en el seno de la Iglesia se plantea en todo el mundo y reclama nuevas respuestas. Sobre todo, los afectados y supervivientes de los abusos tienen que ser oídos. La Doctrina y práctica de la Iglesia tienen que hacerse eco de sus experiencias, su indignación y sus denuncias. Ya para las Sagradas Escrituras, las vivencias de las personas y la predicación de la Palabra de Dios van unidas de forma inseparable. Nadie las puede separar.

(70) Debido a los abusos reforzados por el sistema en el seno de la Iglesia Católica, los cuatro temas de los Foros Sinodales son indicaciones de los primeros pasos que hay que recorrer en el camino de la conversión y renovación de la Iglesia. Son condiciones previas necesarias para una evangelización que acompañe la vida de los seres humanos, lo cual es la misión de la Iglesia, y extraen consecuencias de la necesidad de evangelización de la propia Iglesia, para dar testimonio creíble de la Buena Nueva de Dios. En los textos de los foros se practican las aclaraciones teológicas necesarias para reclamar la participación y la separación de poderes, configurar hoy la vida sacerdotal, reforzar mujeres en servicios y ministerios de la Iglesia y transmitir la doctrina sexual de la Iglesia adaptada a la vida de las personas hoy en día, y que además conducen a opciones de actuación concretas.

(71) La experiencia sinodal «nos permite, a pesar de nuestras diferencias, no solo recorrer un camino juntos, sino también buscar la verdad y asimilar la riqueza de las tensiones opuestas»<sup>9</sup>. El Papa Francisco habla de una Iglesia con diversidad, cuya imagen de unidad no es la pirámide o el círculo, sino un poliedro, o sea, un polígono tridimensional. Esta es una imagen interesante, que combina diversidad y unidad.

(72) Reunida y unida por el Espíritu Santo, la Asamblea Sinodal vive y experimenta la rica diversidad de la Iglesia, aunada en la fe común. Todos los miembros de la Asamblea Sinodal están llamados a predicar la fe, rezar a Dios, celebrar juntos la liturgia y vivir la misión diaconal de la Iglesia en el servicio a todos los hombres. Este vínculo no excluye que también en el futuro se defiendan, en respeto mutuo, distintas posturas sobre determinadas cuestiones de la vida eclesial y de la Doctrina. De este modo, todos los participantes en el Camino Sinodal luchan juntos por el camino de la Iglesia en el futuro y siguen buscando el entendimiento sinodal, puesto que: ¡el Camino Sinodal no ha llegado a su fin, sino que prosigue!

---

<sup>9</sup> Papa Francisco, *Volvamos a Soñar*, Milán 2020.